

POR LA RENDIJA DE LA MEMORIA...

JOSE MARTIN ELIZONDO

París, Saint Germain de l'Auxerrolo, la iglesia gótica donde resonó el arrebato la noche de San Bartolomé. Calleja estrecha que se asoma a las vidrieras y a los tejados de pizarra del viejo hotel. Hotel-residencia modesta como la de muchos exiliados que en los años 50 transitaban por París. En mi bolsillo, una dirección, un mensaje patético: uno de los amigos de la infancia del poeta, condiscípulo de la Universidad, se extinguía en un viejo hospital de una pequeña capital de provincia, el cual, al conocer mi intención de subir a París, me pedía que visitara al poeta para darle noticia de su estado de salud.

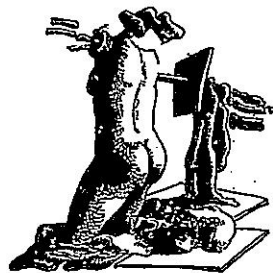
El destino se complace en colocarnos en ciertas tesituras cuyo entramado está tejido de ironía y contradicciones. Si mi gozo era intenso pues iba a conocer al poeta de *Cántico*, libro que yo en mis días no muy lejanos de esta circunstancia había leído con la avidez del que se prepara para lo que creía ser su vocación primera, la poesía, mi desconcierto y pesadumbre también lo eran, pues venía a transmitir unas nuevas que, si a mí me entristecían, al poeta necesariamente iban a sumirle en la más profunda pena.

En su bata de andar por casa, detrás de sus lentes, nada más abrir la puerta adivino la presencia de un hombre hipersensible a quien le basta verme para intuir en mí al mensajero de lo incierto. Son las primeras memorias que mi memoria conserva. El poeta, a pesar de la desazón que le produce la presencia del intruso, tiene palabras de una ex-

trema cortesía con las que me invita a esperarle abajo en la pequeña sala de estar del hotel. ¿Qué es lo que queda del encuentro que va a verificarse en mi recuerdo?

Un vuelo de palomas que van de la cúpula gótica rasando las fachadas del hotel, la luz cenicienta de un cielo de París encapotado, la aparición sorprendente de un gato negro que maulla y nos clava con dos ojos verdes de Esfinge detrás de los cristales, aparición que produce en él otra vibración de desazón tan intensa como la que observé en el momento de abrirme la puerta de su cuarto, y el campaneo martilleando mis frases.

¿Cuánto duró este clima de tensión, este miedo por mi parte, casi terror de herir al hombre sensible al que yo había sacado de su torre de gozos —me acababa de declarar que él escribía explayando más y más su *Cántico*—, dentro de esta bata de seda de andar por casa y durante las horas matutinas? El tiempo que permaneció dentro de la habitación, el toque de las campanas de Saint Germain de l'Auxerrolo, el instante de la huida fugaz del gato (el poeta había suspendido tres o cuatro veces su charla, inquieto por la presencia del felino, hasta que él mismo abrió la ventana diciéndome que era necesario que escapara de aquel marco) y el saber luego de mis circunstancias de aprendiz de poeta. Una vez que me anunció su próxima visita al lecho del enfermo, su conversación discurre por los senderos de la poesía. Las sombras fueron vencidas y los ecos fúnebres acallados. *Maremagnum*, el libro que estaba elaborando, fue la noticia que él me entregó a mí, dignándose describirme además algunos de los aspectos de su contenido, enormemente sorprendente para quien recuerda este encuentro y para mis amigos del Barrio Latino que creían a nuestro poeta anclado definitivamente en la maravilla de *Cántico* y por con-



siguiente vuelto de espaldas hacia el mundo conflictivo que nos estaba amenazando en aquellos años.

Fue un inicio de amistad entre un gran hombre y un anónimo admirador de su poesía. Fueron unas secuencias que he podido conservar con bastante fidelidad en la memoria. Es verdad que me han ayudado mucho las circunstancias de que he heredado su habitación donde vivió largos meses.



QUERIDA EUGENIA M.^a VICTORIA ATENCIA

Eugenia —nunca sintió ella la necesidad de agregar a ese nombre sus apellidos— canta encerrada en su cuarto. Tiene nueve años y canta en voz alta para sentirse más alta ella misma, para sentirse «mayor». Son las Navidades del 74 y Eugenia, en Málaga, canta ante el espejo acompañándose de una guitarra y creciéndose muy cerca de mí.

Por esos días José Mercado le imprime tres de sus poemas. O quizá no son poemas todavía o no lo fueron nunca. Le imprime tres de esas cosas de ella, y Jorge Guillén —¿por qué no se habla nunca de la ternura de Jorge Guillén?— le enviará la primera de una serie de cartas que quisiera recoger aquí:

Cambridge, 31 de diciembre de 1974.

Me imagino, querida Eugenia, que eres la poetisa más joven de España, quizá del mundo. Y te agradezco que me hayas regalado —en este último día de 1974— unos preciosos versos que me harán entrar con buen pie y con buen ánimo en 1975. ¡Felicísimo año nuevo! (...) Ya sabes que es tu amigo el poeta más viejo de España. Afectuosamente,

Jorge Guillén.

En esos primeros días del 75, cruzados también animosamente por Eugenia, ve la luz su primer «libro», *Yo y la luna*, como regalo por Reyes. Y Jorge Guillén escribirá a sus padres: *Esa niña, Eugenia, es un encanto. (...) Será una perla para la futura bibliografía andaluza ese volumen tan nitidamente*